tible, todas estas reflexiones atormentaron á fray Diego el breve tiempo que Teresa tardó en indicarle con una seña que entrara; obedeció receloso, y un rato después fué recibido por la fundadora.

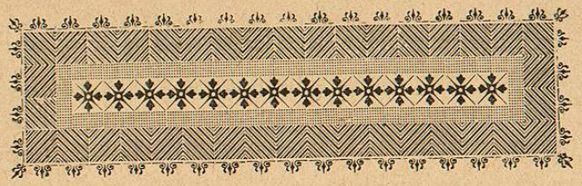
Inquieto por el silencio que no podía olvidar, se apresuró á decirle:

—¿Por qué no contestó nada su reverencia cuando escuchó mi nombre?

—Turbéme un poco al oirle, —repuso la santa Madre, —porque en aquel momento se me representaron dos cosas: ó Nuestro Señor quiere pagarme el trabajo de la fundación con hallarle aquí, ó su paternidad va penitenciado por su Orden.

—Lo segundo es la verdad, —murmuró el futuro obispo de Tarazona;—lo primero no quiere Dios que lo sea.

—Dando gracias por agravios, negocian los hombres sabios,—repuso Teresa festivamente;—poco tiempo durará esa penitencia, y córrase cuando se acabe, que bien muestra no estar muy determinado á padecer pues hace caso de tan poca cosa. (Este suceso refiere el P. Yepes en el lib. II, folio 420.)



CAPITULO VIII

EN LA CELDA DE ÁVILA

I

L día siguiente salió Teresa de Jesús de Osma, y emprendió el camino más penoso que es posible imaginar: veinte veces estuvo el carro en peligro de volcar y despeñarse, y otras tantas se vió salvo por repetidos milagros, pues los guías ignoraban completamente las sendas, y á cada momento se perdían entre las malezas y breñales, ó embarrancaban en graves atolladeros; en fin, el miserable vehículo, que parecía no poder acabar la primera jornada, llegó á Avila sin dar más señales de su estado que el chirrido de las destrozadas ruedas, y fué á detenerse ante el humilde convento de San José.

Cuando se abrió la puerta para recibir á la santa Madre y su compañera, pareció á la fundadora que veía el paraíso; alborozadas sus hijas acudían á rodearla, á besar sus manos y á pedirle

la bendición; Teresa, humilde entre las humildes, hubiera querido evitar tales extremos; pero ¿quién contenía aquel torrente de filial ternura?

La fatiga de tantos viajes, los trabajos y cuidados que sobre ella pesaban, y más que todo el ningún caso que hacía de sus males, tenían á estos exacerbados hasta un extremo increíble. Y á pesar de tantos sufrimientos como torturaban su delicado cuerpo, cual si con garfios de hierro le desgarraran, sentía un sosiego moral que parecía darle alivio; pensaba con secreta alegría que por algún tiempo gozaría allí descanso, y le halagaba la idea de que durante él podría disfrutar un rinconcito del coro para embeberse en la oración; recordaba que en el fondo de un claustro sombrío estaba su celda, la cual debía hallarse tan ordenada como el día que la dejó; con su amado crucifijo, sus libros y apuntes; la ventana cubierta por tupida cortina de jazmineros y rosales, y todo ello alumbrado por el sol del pueblo en que se nace, que es, sin duda, elmás hermoso de la tierra.

Pero lo que más la atraía á su primera y amada fundación era la ermita perdida en lo frondoso de la huerta, donde estaba la devota imagen de Cristo atado á la columna; acordábase con cuánta fe le encomendó el espíritu de la Casa la primera vez que se ausentó de ella, y le daba gracias mentalmente por lo bien que la había sostenido á través de tantos años de luchas y penalidades. ¡Qué dulces horas de recogimiento hacía ánimo de tener en su venerable presencia! Saboreaba estas agradables reflexiones, cuando la tímida voz de María de Cristo, á quien había

saludado como Priora, le sonó en los oidos diciéndola que renunciaba tal dignidad en su santa Madre, después de consultado y aprobado su deseo por el P. Provincial, Fr. Jerónimo Gracián.

Sorprendida la fundadora no sabía que responder, cuando la religiosa continuó:

—Además hemos convenido (guiadas siempre por su paternidad) que ya sea perpetuamente nuestra Prelada; pues aunque tenga que ausentarse una ó muchas veces, permanecerá la Subpriora por Vicaria, y su reverencia nos gobernará por cartas cuando no haya otro remedio.

Teresa de Jesús inclinó la frente, y respondió con tanta serenidad en apariencia como verdadero dolor en el alma:

—Sea como mi P. Provincial y vuesas caridades desean, hijas y hermanas mías; sólo les pido que rueguen al Señor que me ilumine para que pueda cumplir en honra de Su Majestad lo que tengo por obligación.

Y añadió mentalmente:

— *O morir ó padecer han de ser nuestros deseos.* (Aviso de la Colección de Cartas, núm. 3.)

II

¿Quién, sino la humildad de la santa Madre, hubiera llevado con tal paciencia lo que más contrario podría ser á su voluntad? ¡Priora otra vez! Es decir, responsable de infinitos cuidados, y obligada á ocuparse en intereses materiales, y robar al espíritu horas de oración y soledad. ¿Y cuándo? Precisamente cuando se hallaba tan abatida y enferma que á cada instante parecía

faltarle algo del soplo de vida que animaba su castísimo cuerpo.

Por un fenómeno maravilloso que nadie comprendía pero que todos admiraban, los padecimientos que destruían aquella débil naturaleza, lejos de afearla, la embellecían hasta el ideal. Aquel semblante, siempre hermoso, se transfiguraba y parecía adquirir transparencia, luz y cierta paz que infundía respeto. Con sesenta y siete años de contradicciones, penas y enfermedades conservaba fresca la tez, animada por un rojo suave, reflejo quizá de la hoguera de amor divino que abrasaba su pecho; brillantes los ojos, cuya profunda mirada leía en los corazones; sin un hilo de plata en el bien formado arco de las cejas, y tan atractiva la sonrisa como en los días de su florida juventud.

Enamorada más que nunca de la pobreza, predicaba esta virtud con el ejemplo y procuraba incesantemente grabarla en el espíritu de sus hijas; hacíase al mismo tiempo esclava de duras penitencias, y con celo infatigable velaba, escribía, oraba y acudía á dirigir todos sus conventos, sin que fuera parte la distancia para que ignorase las necesidades materiales ó espirituales que en ellos se padecían; á la vez trazaba las últimas páginas de sus dulcísimas *Moradas*, bosquejaba los *Conceptos del amor de Dios* y adicionaba al libro de sus *Fundaciones* las últimas que había hecho.

Imposible parece que vida tan ocupada pudiera ser escrita por la misma que apenas se daba punto de reposo, y, sin embargo, así fué; la sencilla narración de sus hechos, que compuso por obediencia, ha venido á considerarse como verdadera joya literaria, y este mismo concepto merecen en todo el mundo sus demás obras. Ya se trate del *Camino de Perfección*, por el cual va el alma segura de llegar al feliz término que desea; ya de sus *Avisos*, dardos agudos para los corazones tibios que encierran en breves palabras grandes preceptos; ya de sus *Exclamaciones*, suspiros ardientes del amor de Dios que la devoraba; ya de su *Modo de visitar conventos*, escrito á ruegos del santo Fr. Juan de la Cruz para servir siempre de modelo, todo lo que su clara inteligencia traspasó al papel en lenguaje castizo y de difícil facilidad, admira hoy y encanta á los que, dejando á un lado el oropel de la moderna literatura, buscan el oro verdadero del ingenio que se inspira en la suma grandeza de Dios. Si alguno quisiera escoger de este espiritual ramillete muy linda flor, podría traer á la memoria las *Meditaciones sobre el Padrenuestro*, en cuyo Prólogo desarrolla el tema que va á tratar, bastando los títulos con que divide las partes para llenar el alma de santas aspiraciones, y el corazón de religiosos y ardientes afectos.

«Las peticiones,—dice,—ya se saben (están distribuídas por los días de la semana): los títulos y nombres de Dios son éstos: Padre, Rey, Esposo, Pastor, Redentor, Médico y Juez; de modo que el lunes despiértese cada cual diciendo: Padrenuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; el martes: Rey nuestro, venga á nos el tu reino; el miércoles: Esposo de mi alma, hágase tu voluntad; el jueves: Pastor nuestro, el pan de cada día dánosle hoy; el viernes: Redentor nuestro, perdónanos nuestras deudas así como nos-

otros perdonamos á nuestros deudores; el sábado: Médico nuestro, no nos dejes caer en la tentación; el domingo: Juez nuestro, líbranos de mal.»

IV

Y todavía he de continuar entresacando algunos párrafos de estas *Meditaciones* para mostrar hasta qué punto las hace comprensibles aun á las inteligencias más rudas, facilitando así el camino de la verdadera ciencia, que es la eterna salvación.

«El día que se anduviese en estas peticiones, —dice al tratarde la primera,—se han de reducir todas á esta consideración. En las imágenes que se miren de Cristo dígase: éste es mi Padre; en el cielo que se ve: ésta es la casa de mi Padre; la lección que se oye: ésta es carta que me envía mi Padre; lo que se viste, lo que se come, lo que alegra, todo viene de manos de mi Padre.» (*Meditación* 1.ª, núm. 6.)

. . . . . .

«Todos vivimos debajo de una ley, y estamos obligados á guardarla, y poner las haciendas y las vidas por nuestro Rey celestial, deseosos de darle contento en todo lo que se le ofreciere; en nuestros agravios, recurrimos á Él por justicia; en las necesidades, por remedio; todos le sirven cada cual á su manera; el soldado en la guerra, el oficial en su oficio, el labrador en su labranza; el letrado, el marinero y el que nunca le vió, le procura servir y le desea ver.» (*Meditación* 2.ª, núm. 6.)

. . . . . .

«La tercera petición es hágase tu voluntad, deseando que en todo se cumpla la voluntad de Dios, y aun pedimos más: que se cumpla en la tierra y en el cielo con amor y caridad.» (*Meditación* 3.ª, núm. 1.)

. . . . . .

«Deseosa una sierva de Dios de comulgar todos los días, le mostró Nuestro Señor un hermosísimo globo de cristal, y le dijo: *Cuando estés como este cristal podrás hacerlo.*» (*Meditación* 4.ª, núm. 14.)

. . . . . .

«Apareciose el Señor crucificado, y dijo á una sierva suya que le quitase tres clavos con que le tenían enclavado todos los hombres, que eran desamor á su bondad y hermosura, ingratitud y olvido de sus beneficios, y dureza á sus inspiraciones; y que, cuando esto hiciera, quedaría enclavado en otros tres, que eran: amor infinito, agradecimiento á los bienes que por Él nos daba su Padre, y blandura de entrañas para recibir á los pecadores.» (*Meditación* 5.ª, núm. 6.)

. . . . . .

«Cuando el enfermo no quiere tomar lo que le mandan y no se guarda de lo que le vedan, suele el médico dejarlo, salvo si es frenético; pero este nuestro Médico soberano, ni desampara á los mal regidos, ni á los desobedientes; á todos los cura como frenéticos, buscando mil modos de traerlos á sí.» (*Meditación* 4.ª, núm. 1.)

. . . . . .

«La séptima es que nos libre de mal; no le pedimos que nos libre de este mal ó del otro, sino de todo lo que es propia y verdaderamente mal,

ordenado para privarnos de los bienes de gracia ó de gloria.» (*Meditación* 7.ª, núm. 1.)

V

Á la hora de siesta, Teresa de Jesús, después de servir á sus hijas, no como Priora, sino como la más humilde de las freilas, solía retirarse á la celda y entregarse con ardor á sus tareas intelectuales: contémplela allí la mente ahora en una serena tarde de otoño, algún tiempo después de su llegada á Avila.

Apoyada la dolorida cabeza en la mano izquierda, escribía rápidamente, mientras una joven novicia hilaba sentada á sus pies, y la miraba con tan suave ternura que parecía acariciarla. Era la bella peruana, hija de Lorenzo de Cepeda, que, realizados al fin sus ardientes deseos de vestir el santo hábito, gozaba al lado de su tía la felicidad de los ángeles.

Hacía una hora que había entrado silenciosamente, y trabajaba junto á la fundadora sin que ésta, embebida en su tarea, hubiese notado la presencia de la niña.

Una carta que, apenas cerrada, se deslizó de manos de la santa Madre, y fué recogida y devuelta por la novicia, hizo reparar á aquélla en tan dulce compañía.

—¿Ahí estabas?—le dijo como sorprendida, mientras ponía una mano sobre su cabeza y la bendecía disimuladamente, haciendo la señal de la cruz.

—Sí, Madre,—repuso Teresa con su argentina voz de niña;—y por cierto hace buen rato;

mas como su reverencia trabajaba, no me atreví á distraerla.

—¿Deseabas algo?

—Verla,—replicó llena de rubor, como si confesara un capítulo de culpas.

—¿Por qué no aprovechas la hora de recreación para estar con tus compañeras?

—Mi mayor alegría es pasarla con su reverencia.

—Con poco te contentas, mi hija,—dijo con leve sonrisa Teresa de Jesús;—pero de veras me ha caído en gracia el empleo que has hecho de tu tiempo, siquiera porque la rueca y el huso lo han aprovechado; mas ya que has venido, vas á ser la primera á quien dé las buenas noticias que me traen las cartas de hoy.

La joven alzó los ojos llena de alegría; estas palabras le aseguraban un rato de las íntimas y dulces pláticas que tanto placer le causaban, y se dispuso á escuchar con atención.

VI

—Hay que tomar de lejos la historia,—empezó á decir la santa Madre,—porque es la fundación de Granada, que mi buena Hija y Hermana Ana de Jesús acaba de llevar á feliz término. ¡Gracias mil veces al Señor, *que es pagador tan bueno que no hace cosa la criatura por pequeña que sea en su servicio, que no se lo premie!* (El espíritu de esta cita es de los *Conceptos del amor de Dios*, cap. I, núm. 8.)

—Sabrás,—añadió después de breve silen-